

criven de esta suerte: „ Despues el año de mil seis-  
 „ cientos, y setenta, y siete fueron enviados el Re-  
 „ verendo Padre Frai Juan Cavallero Carranco, Doc-  
 „ tor Jubilado, y el Padre Frai Juan Bautista Rami-  
 „ rez; y aunque se hizo fruto, por falta de basti-  
 „ mentos en la Provincia del Nayarí convirtieron,  
 „ y hasta oy permanece por la Provincia de Gua-  
 „ dalaxára. Hasta aqui aquella erudita Seraphica plu-  
 „ ma; mas luego echará de vér qualquiera adverti-  
 „ do, que por descuido del Impressor, ni las voces  
 „ están atadas, y se añade, è inferta en el cuerpo del  
 „ capitulo otra materia, que la admite solo con re-  
 „ pugnancia la proporcion. Puede ser, que hable aquel  
 „ Reverendissimo. de los Pueblos vezinos al Nayar, que  
 „ administran los Religiosos Seraphicos pertenecientes  
 „ à la Provincia Santa de Calisco; porque ni la Ca-  
 „ lifornia pertenece à Guadalaxára, ni à la Provincia  
 „ del Nayar entraron, aunque en el corriente siglo lo  
 „ procuraron, assi los Religiosos de aquella sagrada A-  
 „ postolica Religion, como los Capitanes, sin que les  
 „ detuviesse la desgracia de la primera entrada, que  
 „ se hizo, y veremos luego en una lastimosa tragedia.

## CAPITULO V.

### DESGRACIADA ENTRADA À ESTA

*Sierra del valeroso Capitán Don Fran-  
 cisco Bracamonte.*

**A** Las puertas del Nayar, que por espacio de casi  
 dos siglos despues de ganada la nueva España  
 mantuvo cerradas la malicia de sus habitantes, aña-  
 dió nuevos cerrojos en los principios de este siglo  
 la desgracia con el tragico suceso del Capitán Don  
 Francisco Bracamonte. Hallayase este Cavallero el año

de

de 1701 con el titulo de Protector del Gran Nayar;  
 honra, que le grangeó el especial amor, y respeto,  
 con que los Nayeritas le visitavan, aunque soborna-  
 dos del interés, por tenerles tan obligados su libe-  
 ralidad. En ocasion, en que la Real Audiencia de  
 Guadalaxára, que presidia entonces el Señor Don  
 Alonso Zevallos Villagutierre Cavallero del Orden de  
 Santiago, deseosa de enarbolar los Estandartes Rea-  
 les en los mas erguidos picachos de esta Sierra in-  
 tentó conquistarla, y probar fortuna, fió la empres-  
 sa de los aciertos, y prudencia de Don Francisco,  
 pareciendole, que con solo el sobrescrito, que lle-  
 vava de Protector suyo, bastaria, para que los Naye-  
 res olvidados de su ferocidad se le rindieran obedien-  
 tes. Y aunque tenia el Capitán sobrados titulos, pa-  
 ra escusarse, no quiso, ò por obedecer à ciegas, ò  
 por parecerle la propuesta indigna de su valeroso pe-  
 cho, sin advertir, que ni se opone à la obediencia  
 la representacion de los inconvenientes, que el Su-  
 perior no pudo prevenir, ni deslustran al valor los  
 consejos de la prudencia.

Con animoso brio abrazó el mandato, no sola-  
 mente gustoso, sino satisfecho con tan corta escolta,  
 como fué la de solos diez hombres, que convocó, ò  
 el parentesco, ò la amistad, fiandose de la que se  
 prometia hallar en los Indios. Y creyendo, que les  
 fuesse grata la visita, que les hazia, y que por lo  
 mismo ofrecieran à sus hijos, para que se bautizá-  
 ran, y atendiendo tambien à que era contingente,  
 que, ò él, ò alguno de sus Soldados enfermára, soli-  
 citó, y consiguió, que le acompañassen dos Eclesia-  
 sticos fervorosos; el uno era el Bachiller Don Juan  
 de Bracamonte, y el otro el Bachiller Don Luis Mar-  
 tinez. Y para que constasse, ò de los buenos efec-  
 tos, que produxessen sus diligencias, como le prome-  
 tia su deseo, ò de lo nó executado, si la rebeldía  
 de los contrarios resistiesse à su actividad, y aplica-  
 cion,

E 2

cion, traxo tambien consigo un Escrivano. Todo lo dicho, y lo demás, que irá refiriendo la pluma, consta, no solo de una declaracion Juridica, que ante Don Luís Tortolero, y Torres Teniente de Capitán General de las costas del mar del Sur, y Alcalde Mayor entonces de la Jurisdiccion de Compostela hizo Don Thomás de Bracamonte, uno de los que entraron, acompañando à Don Francisco, y que escapó dichosamente del comun estrago, sino de noticias, que nos han suministrado Indios fieles, que se hallaron en la refriega; y que para darles credito, nos basta el hallarles contestes en el informe, aun habiendoles separadamente examinado: diligencia, à que obligó no menos la verdad de la Historia, que las mentiras, que ordinariamente suelen mezclar los Indios en sus deposiciones.

Con tan corto aparato de guerra, que no merecia el nombre de expedicion militar, emprendió el Capitán Bracamonte, y dió principio à la jornada por el Pueblo de Tonalixco, uno de los que están situados en la circunferencia de esta Sierra, de donde sacó à cierto Indio, que con ocasion de la cercanía, tenia bastante conocimiento de la tierra, y con sus moradores la aceptacion, y familiaridad, que acarrea la frecuencia del trato: por esso se juzgó el mas apto, para prevenir los animos con la embaxada, valiendose de Persona, que no solo iba menos arriesgada, sino que pudiera, ayudandose de su verbosidad atraerles mas facilmente, à lo que tanto se deseava: diligencias todas, que le calificaron de prudente Capitán, si no incurriera en el arrojado de acercarse à estas barrancas tan peligrosas con tan poco tren de prevenciones, sin conocer, que las necesitava mayores, ni advertir, ò la falta de Reales, ò la cortedad de su natural en no haver solicitado de Guadalaxára mas competente socorro. Y como un yerro eslabona otros muchos, incurrió este Cavalle-

ro en otro, aun mucho mas irreparable.

Del Pueblo de Tonalixco comenzó su marcha, acercandose mas al termino de su ruína: llegaron à un puesto, que antes era la raya, y donde huvo en otro tiempo Rancherias de Nayeritas, aunque desamparado entonces por haverles quemado sus casas, no sé por que ocasion Don Francisco Berumen. En este sitio mandó hazer alto, y despachó à la primera Poblacion, que distava cerca de dos leguas Sierra adentro, al Indio interprete con esta embaxada: que deseoso, de que acabáran de conocer quan afecto les era, y que les vivia agradecido al cariño, con que le estimavan, venia à hazerles una visita, por pagarles las muchas, que en tan repetidas ocasiones le havian hecho; que aunque llevaba consigo onze Españoles, que no venian à otro fin, que à acompañarle, y à hazerles tambien este cortejo; que no entravan como Soldados, segun lo dava bien à entender su corto numero; que si algo tenian de Militares, solo era la buena disciplina, que experimentarían, no solo no padeciendo hostilidad, ni vexacion alguna, sino recibiendo de ellos todos los officiosos comedimientos, que podian justamente prometerse de sus mas cordiales amigos; que no dudava merecerian con la sinceridad de su trato su gratitud, y aun su agradecimiento. Y añadió con especiales encargos al Embaxador, que les dixera; que el fin principal, que les havia sacado de sus tierras, para visitarles, era el que se lograse la salud de sus almas, compadecidos de verles tantos siglos postados al error, y al engaño; y que siendo el unico remedio, para quitar estas manchas, el que comunican las saludables aguas del Bautismo, les trahía dos fervorosos Sacerdotes, que les servirian de verdaderos Padres para su total consuelo.

Esta embaxada, y meditado razonamiento, cuyos puntos devian proponerse con orden, disfriendo

la ultima addicion para tiempo mas oportuno, aunque la dictava el zelo, que ardia en el pecho de este valeroso Heroe, exasperó tanto à los Nayeres, que sin necessitar sus animos barbaros de otra consulta, que su mismo furor, conociendo claramente, que con el especioso pretexto de visitarles, venia à ponerles al cuello el yugo de la Ley Evangelica, que el Demonio les pintó siempre, no sólo pesado, sino intolerable, respondieron en breves razones al Embaxador, que le dixera à su Capitán, que ellos no querian ser Christianos, ni recibir otra Ley, que la que sus mayores les dexaron. Y que si tanto encarecia el amor, que les tenia, que la mejor muestra, que podia dar de su fineza, era bolverse por el camino, por donde havia venido: que de otra suerte antes tendrian por aborrecimiento, y no por amistad sus expresiones, privandoles con aquella especie de afecto de una alhaja tan estimable, como la libertad. Y que por fin, para que conociera, que tambien ellos le estimaban, le enviavan este desengaño, asegurandole, que si insistia en passar à lo interior de la Sierra, se verian obligados à recibirles con las armas en las manos.

Luego que el Capitán oyó tan desahogada respuesta, y las noticias, que el Embaxador le dió de las observaciones, que havia hecho, conoció el mal animo de aquellos Barbaros; y resuelto à no passar adelante, publicó la retirada, para bolver con Tropa, y fuerzas competentes à tan ardua empresa, conociendo ya su debilidad à vista del peligro. Mas quiso la desgracia, que huviera entre los de su compañía, quien juzgasse desdoro dexar de proseguir sus ideas, creyendo, que lo que no podian recabar las armas, podria alcanzarse con indutriosas mañas, añadiendo, que era accion indigna de Españoles dar la espalda al enemigo, sin haverle visto la cara, ni tentado su valor. No fué menester mas, para que el Capitán se dexara cegar, determinando continuar el

via-

viage, (que segun sus circunstancias havia de ser no menos arriesgado, que infructuoso) y no bolver à su casa, hasta avistarse con los rebeldes; assi con mas ardor, que cordura no siguió el dictamen de la retirada por la indiscrecion del Consejero.

Mas con gran prudencia, y mucha christiandad, ordenó, y encargó seriamente à sus pocos Soldados, que hiziesen con sus obras buenas, y exemplar modo de vivir amable à nuestra Santa Religion, ó à lo menos, que evitassen todo desorden, para que no se la figurassen aborrecible los Nayeritas, acordandose, que aunque à los Indios les ciegan los primeros impetus del corage, saben como racionales, dar lugar à los discursos, para llegar à la execucion. Y era assi; porque aunque estavan fixos en no admitirles, y hazerles salir de la Sierra, havian resuelto observar, si insistian, ó en internarse en sus tierras, ó en mantenerse en aquel puesto, oídas sus amenazas, no acometerles, sino en caso, que les provocara algun agravio. Guardaron mui atentos esta determinacion, nada conforme à su barbaridad; porque haviendose ya congregado con el aviso, que dieron à las interiores Rancherias, hasta 200 Indios junto al agua, que corre por el estrecho cauce de un barranco, ni se valieron de la emboscada, que les ofrecia aquel ventajoso sitio, ni lo huvieran hecho despues, como hasta ahora lo publican los mismos Nayeritas, y se aseguró ya desde entonces entre los Españoles, si no les irritara la inconsiderada incontinencia de alguno de aquellos, que juzgan, que no son Soldados los que no dán por primera prueba de animosidad las insolencias, para que se conozcan sus brios por la divisa de sus maldades.

Apenas llegó à noticia de los Indios el desacato, que rehusa trasladar al papel la pluma, irritados de la injuria, que havian padecido, para vengarse con mayor satisfaccion de su enojo, procuraron esconder

en

en el disimulo su colera, reprimiendo los primeros impetus, para asegurar mejor el tiro, y lavar con la sangre de todos aquellos Españoles su afrenta. Dispusieron, para executar su venganza sin riesgo de los suyos, ni peligro de malograr sus intentos, despachar una Esquadra de los Indios mas valerosos, y osados, ordenandoles, que hurtandose à la vista, y aun à la sospecha de sus enemigos, se emboscáran en un sitio montuoso, y estrecho, que llaman el *Limon*, y era passo inescusable en caso, que los Nuestrs se retiráran. Quedaronse los demás à la vista, disimulando su irritacion, sin haver dado señal alguna de inquietud ni aquella noche, ni à la madrugada: todo à fin de dar lugar, à que los que havian enviado, para emboscarse, tuviesen tiempo con el beneficio de aquella larga dilacion, para descansar, y estar mejor apercebidos. Serian ya las nueve de la mañana, quando comenzaron los que estavan à vista à jugar las armas contra los Nuestrs, aunque desde el dia antecedente se havian advertidamente atrincherado, no porque intentassen asaltarles, ò temiesen ser acometidos, sino porque procuravan entretenerles, fingiendo, que pretendian disputarles la retirada, para que assi quando la intentassen, y ellos se la permitiesen, caminassen con mas seguridad al lugar de la emboscada, donde havia de decidirse la question: ardides todos, que nos han dado despues à conocer, que aun mas que las puntas de sus flechas, y los filos de sus alfanjes, deve temerse la agudeza de sus discursos.

Mientras durava esta apariencia de combate, se apoderaron algunos de la mayor parte de los cavallos, y quando les pareció, que ya havia pasado bastante tiempo, para que los de la emboscada estuvieran prevenidos, rezelando, que la celeridad no frustrasse la industria, con que havian discurrido la celada, se alejaron de la trinchera, encami-

nan-

mandose al Real de nuestra gente, que à corta distancia se havia alojado; y aunque ya se les havia entrado por los ojos el defengano, que no quiso creer el oído, quando se lo gritó la respuesta del Embaxador, no pudiendo reprimir los impetus de su fogoso zelo, al mismo tiempo, que se retiravan de su trinchera los enemigos, se fue para ellos mui fervoroso el Bachillér D. Juan de Bracamonte, llevando en sus manos un devoto Crucifixo, para que diese mas eficacia à sus voces la preciosa sangre, que por cinco bocas persuadia benignidades. Pero ciegos aquellos Barbaros no menos, que fodos, y cruelmente atrevidos, respondieron à la eloquencia del Predicador con una lluvia de piedras, armas propias de su dureza; y una de ellas nunca con mas propiedad arrojada, le quitó de las manos, y derribó en tierra aquel Divino Simulacro, y acometiendo, cogieron al Orador con tan rara presteza, que apenas se pudo conocer la distancia, que regularmente suele haver entre la execucion, y amágo.

Y aunque tropezó en los primeros passos su predicacion con este improviso accidente, ni desmayó su esperanza, ni se acobardó la valentia de su ardiente Espiritu; y para que se duplicasse en cada uno con la presencia de su Apostolico Compañero, solicitó el ya prisionero Sacerdote con instancias, y supplicas, que passasse, como lo consiguió, el Bachillér Don Luis Martinez de la trinchera al quartel de los enemigos, asegurando estos el buen pasaje, por influír aun en los Barbaros la alta dignidad del Sacerdocio la veneracion, y respeto, que alguna vez se echa menos en los que se precian de Christianos. Con esta diligencia era ya cada uno un Eliseo Evangelico, no dexando piedra por mover, para enternecer aquellos obstinados corazones; ò para que abrieran los ojos, para vér la luz Divina, que se les havia venido à entrar por sus puertas; ò para

F

que

que ya que rebeldes querian perecer en sus engaños, les permitiessen à los Españoles, que se bolvieran à sus casas sin daño de sus Personas: solo se pudo conseguir, el que prometieffen à los Sacerdotes con ingenuidad, mas con alevosa ficcion à los Españoles libre el passo, para que pudieran retirarse, disimulando la traicion, que tenia prevenida su industria, y que para castigar el escandalo, que recibieron, y horrorizó à estos Gentiles, permitió la Divina Justicia.

Dispuso el Capitán la marcha, para alejarse con toda la brevedad possible de los quarteles enemigos, en donde vivia tan de assiento la astucia, al mismo tiempo, que de nuestro Real se havia retirado la prudencia, ocupando su lugar el olvido, ò ignorancia del imminente peligro, en que se hallava. El primer orden, que se dió con advertencia deliberada, fué el peor yerro, que pudo cometerse, y que devió ser conocido; mas como dava gritos al Cielo aquel primer delito, que cometió la lascivia, les negó sus luzes. Dividió en dos Trozos su gente, como si no le bastára à aquella Esquadra para temer su ruína el corto numero de Soldados. Al primero se dió nombre de Banguardia con el orden de observar en el camino los passos peligrosos, y reconocer la tierra, avisando promptamente de qualquiera novedad, è incorporandose con los que formavan la que quisieron llamar Retaguardia. Esta, que al Capitán pareció diligencia precisa, y bastante à precaver qualquier traidor intento de los enemigos, les dividió la dificultad, facilitandoles su tan premeditada, como prevenida faccion. No reparó aquel valeroso Cavallero en su intento, que devia cauterar, que los Nayeres en caso, que les assaltassen, sobre turbados, no les hallassen desunidos, por no ser tan facil, como se pensó el juntarse, siendo unica la senda, y essa estrechissima, ocupando la espesura del monte los enemigos tan diestros en caminar por la

la maleza. Mas sin otra diligencia, y con la persuasion de quedar todos los Indios en su alojamiento, mui satisfechos ya con su retirada caminavan los Nuestrros tan tranquilos, que passó la seguridad à ser descuido, de que se siguió, el que se durmiese, ò anduviese tan mal despierta la vigilancia de los que ivan delante, para observar los movimientos de los enemigos. Passaron, sin reparar alguno en el sitio, en que tenian armada la celada los contrarios, que se mantuvieron quietos, por haver reconocido, que no iba en la Banguardia el Capitán, à quien pretendian matar primero, no dudando, que con poca, ò ninguna dificultad destrozarian aquel pequeño cuerpo, en faltando la cabeza: discurso, à que devieron los que ivan en la Banguardia su escape.

No estavan estos mui lejos, quando llegó el Capitán con los cinco Soldados, que componian la Retaguardia, à la emboscada; y presentandoseles improvisamente los Indios desfiguradamente horrorosos con el tizné, que usan para aumentar el espanto à su ferocidad, levantando un espantoso alarido, para introducir à un mismo tiempo el susto por los ojos con la deformidad, y por los oídos con el grito, acometieron à los Nuestrros con tan grande imperu, y con tanta celeridad, que al Capitán le desmontaron del cavallo antes, que tuviera tiempo de meter mano à la espada, ni de tomar las armas; y robandoles à los demás el repentino assalto el color, no solo les entorpeció los movimientos, sino que embargandoles los discursos, descargaron casi à un tiempo las escopetas: efecto de la turbacion, que les causó la falta de experiencia; porque los veteranos en esta especie de Milicia, que se exercitan contra los Barbaros de esta America, cuidan siempre de alternarse, para que al tiempo, que unos emplean en algunos de los contrarios el tiro, ò les espantan con el estruendo, detengan los otros el orgullo de los Indios con el

amágo, sin dar la carga, hasta que los primeros buelven à disponer las armas. Por esta tan notable falta embistieron los Nayeritas tanto más atrevidos, quanto tenían menos ya de temerosos, y con tal agilidad, que lo mismo fué verse asfaltados, que heridos los Españoles.

Al ruido, que hizieron las bocas de fuego, acudieron con presteza à socorrer à sus Compañeros los de la Banguardia, menos dos, que no conociendo à vista de los otros la disonancia de la fuga; ò juzgando, que la honestava el temor de incurrir la nota de temerarios, quisieron antes escapar discretos, que arrojarfe à un peligro tan cierto, y evidente. Pero ni estos lograron el escape; ni los otros pudieron dar el socorro, que llegó tarde; pues anduvieron tan diligentes los Nayeritas, que sin tener ya otros contrarios, que los que venían à favorecer, facilmente hizieron, que estos aunque pocos acrecentáran el numero de los que quedavan ya en el campo sin aliento; porque acometidos por todas partes, cedió su animosidad al superior numero de los Barbaros, sin escapar otro, que los dos Sacerdotes, à quienes dieron puerta franca, y Don Thomas de Bracamonte, que mal herido, segun depone en su declaracion, se ocultó en la espesura del monte; sobreviniendo despues la noche, caminó sin senda, y sin eleccion à la mas larga distancia de la Sierra enemiga; y aunque fatigado de las heridas, de la hambre, y mas del temor de ser descubierto llegó por ultimo dichosamente à las vezinas Poblaciones, en donde refirió el tragico suceso, de que acabava de ser testigo con sus ojos.

Assi acabó con toda su Esquadra el valeroso Capitán Don Francisco Bracamonte, à quien conduxo à fin tan lastimoso, ò el demasiado ardor de su zelo, ò su nímia docilidad, ò los excessos de su brio, ò la escandalosa culpa de uno, que ocasionó à todos

la

la ruína. Y aunque con el grito de esta lastimosa tragedia se dió por entendido, y quedó advertido el valor, para no executar nuevas entradas sin toda aquella fuerza, que si no fuere bastante à abanzar, à lo menos sea suficiente à resistir, no por esto quedó escarmentado el zelo Apostolico, cuyo fuego no se apagó con aquella sangre; antes sirviendole de pabulo, le acrecentó mas sus llamas, y sus ardores.

## CAPITULO VI.

*INSISTEN LOS MINISTROS REALES, y Evangelicos à tentar la entrada à esta Sierra, y la rebeldia de sus habitadores les cierra obstinadamente las puertas.*

Q Uedaron los Nayeres muy orgullosos con esta victoria, que mas que sus armas, y ardidés, les dió nuestra desgracia, castigando la Divina Justicia la insolencia de quien atendió antes à dar gusto à su aperito, que à guardar las ordenes tan christianamente prudentes, que para lograr el lauro de vencedores, ò à lo menos la dicha de bolverse airosos à sus casas, les havia dado su tan Christiano animoso Capitán. Y se mostraron aquellos Barbaros tan insolentes, que à mas de quitarles las vidas à muchos de los que incautamente se refugiavan en sus barrancas, resolvieron dar nuevo buelo à las plumas de sus flechas, para hazerlas no menos famosas, que temibles, dilatando los estragos hasta los Pueblos vezinos. Ya insinuamos en otra parte de esta Historia, lo que pocos años despues executó en Acaponeta su alevosia; llegó el informe de este, y otros insultos, que cada dia cometian atrevidos, à la Real Audiencia de Guadalaxára, à quien como mas inmediata he-

rian